

# La oposición a la estrategia del puño de hierro

Samir Amin

A partir de la década de 1980, con el hundimiento del sistema soviético, la clase dominante de los Estados Unidos, tanto demócratas como republicanos, iniciaron el diseño de un programa de hegemonía. Llevados por su potencia militar, y sin que hubiera ningún competidor capaz de atemperar sus fantasías, los Estados Unidos optaron por desplegar una estrategia militar destinada a «controlar el planeta». Toda una serie de intervenciones —en el Golfo, en Yugoslavia, en el Asia central, en Palestina y en Irak— sirvieron para presentar una estrategia de guerras interminables «fabricadas en los Estados Unidos», planificadas y decididas unilateralmente por Washington.

La estrategia política que acompañaba al programa definía los pretextos para éste: desde el terrorismo hasta la lucha contra el tráfico de drogas o las acusaciones de producir armas de destrucción masiva. Evidentemente, son todo pretextos, cuando uno se acuerda de que la CIA inventa adversarios terroristas a conveniencia, sean éstos los talibanes o Bin Laden.

Las acusaciones de fabricar armas peligrosas —dirigidas hoy contra Irak y Corea del Norte, pero que mañana pueden afectar a cualquier estado que

---

• Artículo publicado en *MR*, vol. 55, n° 3, julio-agosto de 2003, pp. 15-22. Traducción de Joan Quesada. Este ensayo es una adaptación de *Al-Ahram Weekly On-line*, n° 627, 27 de febrero-5 de marzo de 2003.

• Samir Amin es el director del Forum del Tercer Mundo de Dakar, Senegal. Entre sus recientes libros se cuentan: *Specters of Capitalism: A Critique of Current Intellectual Fashions* (Monthly Review, 1998) y *Obsolescent Capitalism: Contemporary Politics and Global Disorder*, de próxima publicación en Zed Books.

resulte conveniente— palidecen ante la actual utilización de esas mismas armas por parte de Estados Unidos. Los Estados Unidos utilizaron armas nucleares en Hiroshima y Nagasaki y armas químicas en Vietnam, y amenazan con volver a utilizar armas atómicas en conflictos futuros. Los pretextos que esgrimen son sólo herramientas propagandísticas, en el sentido que Goebbels dio al término: quizás sean útiles para manipular la opinión en los Estados Unidos, pero son cada vez menos creíbles en cualquier otro lugar.

La idea de la «guerra preventiva», que ahora Washington reclama como un «derecho», acaba con cualquier noción del derecho internacional. La Carta de las Naciones Unidas prohíbe el recurso a la guerra excepto en casos de legítima defensa, y sólo permite la intervención militar bajo condiciones muy estrictas, y cualquier respuesta debe ser medida y provisional. Todos los especialistas en derecho internacional saben que las guerras emprendidas desde 1990 han sido absolutamente ilegítimas y, por lo tanto, los responsables de ellas son también criminales de guerra. De hecho, los Estados Unidos, con la cooperación de otros países, ya tratan a las Naciones Unidas igual que los estados fascistas trataban a la Liga de Naciones.

La abolición de los derechos comunes a todos los pueblos está de camino. El principio de la igualdad de todos los pueblos ha sido sustituido por la distinción entre una «raza dominante» (*Herrenvolk*) —la gente de los Estados Unidos y, tras ellos, la de Israel— y los demás pueblos. La existencia de pueblos no pertenecientes a la raza dominante estadounidense sólo es tolerable si no constituye una amenaza a las ambiciones de quienes se consideran señores del planeta. La raza dominante se reserva el derecho a conquistar cualquier espacio con vida que crea necesario para sí y para los pueblos que la apoyan.

¿Cuáles son los intereses nacionales que considera la clase dominante de los Estados Unidos que le otorgan ese derecho?

Se trata de una clase que reconoce un solo objetivo: hacer dinero. El Estado norteamericano está manifiestamente al servicio de las exigencias del segmento dominante del capital que conforman las multinacionales.

Por consiguiente, nosotros nos hemos convertido en «pieles rojas», como despectivamente se llama a los nativos americanos, a ojos del *establishment* de Washington —es decir, en gente que sólo tiene derecho a existir si no frustran la expansión del capital multinacional con base en los Estados Unidos. Se nos ha prometido que la resistencia a los Estados Unidos será reprimida por cualquier medio y con todos los medios, incluso con la exterminación, si es necesario. Si es cuestión de obtener 15 millones de dólares más de beneficio para las multinacionales norteamericanas al precio de 300 millones de víctimas, entonces no habrá duda alguna al respecto. El «esta-

do delincuente» por excelencia, por utilizar el lenguaje de los presidentes Bush padre y Bush hijo, y de Clinton, no es otro que los Estados Unidos.

El programa de los Estados Unidos ciertamente no es imperialista, en el sentido más brutal de la palabra, sino «imperial», en el sentido que Antonio Negri ha dado al término, ya que no pretende gobernar las sociedades del planeta para integrarlas mejor en un sistema capitalista coherente. Busca más bien únicamente saquear sus recursos. Todo ello forma parte de la reducción del pensamiento social a los mantras de la economía vulgar: la concentración obsesiva en la maximización de los beneficios financieros a corto plazo del capital, con el poder militar a disposición del capital, y la desvinculación del capital de cualquier sistema de valores. Es ese capital el que se encuentra tras el expansionismo salvaje que implica el capitalismo, y que sustituye los valores humanos por la sumisión a las llamadas leyes del mercado.

A lo largo de la historia, el capitalismo de los Estados Unidos siempre se ha mostrado más dispuesto que los capitalismo europeos a dar ese tipo de pasos. Políticamente, el Estado estadounidense está diseñado para servir a la economía y nada más, y pone en suspenso la relación contradictoria y dialéctica entre economía y política. El genocidio cometido con los nativos americanos, la esclavitud de los negros, las sucesivas oleadas de inmigración de los Estados Unidos, que llevaron al predominio de los conflictos étnicos y raciales, manipulados por la clase dominante para evitar que madurara una conciencia de clase —todos ellos se han combinado para que el partido único del capital gozara del monopolio político dentro de la sociedad norteamericana. Ambos segmentos de dicho partido comparten una misma visión global. Aunque su retórica vaya dirigida a «electorados» diferentes, tales electorados pertenecen a menos de la mitad de la sociedad norteamericana, una parte de la sociedad que cree lo suficiente en el sistema como para tomarse la molestia de votar.

Al carecer de la tradición por la cual los partidos obreros socialdemócratas y comunistas dejaron su impronta en la creación de la cultura política europea, la sociedad americana no dispone de unos instrumentos ideológicos que le permitan resistirse a la dictadura del capital. Por el contrario, el capital determina todos los aspectos de la forma de pensar de la sociedad y se reproduce a sí mismo al reforzar el arraigado racismo que permite que la sociedad estadounidense se vea a sí misma como la raza dominante. «Clinton el playboy y Bush el cowboy»: un eslogan indio que resalta correctamente la naturaleza del partido único que dirige la llamada democracia norteamericana.

Por eso, el programa norteamericano no es el simple intento de alcanzar la hegemonía con el que estamos familiarizados a raíz de otros intentos

hegemónicos que se han dado en la historia antigua y moderna, y que implica una visión de los problemas que tiene respuestas coherentes aunque se basen en la explotación económica o en la desigualdad política. Es infinitamente más brutal por el hecho de su simple y extrema unilateralidad, y está próximo al programa nazi, también basado en el principio de una raza dominante. El programa de los Estados Unidos no tiene en absoluto nada que ver con la creencia de algunos académicos liberales norteamericanos, que contemplan la hegemonía estadounidense como algo «benigno».

Si continúa, el programa sólo puede llevar a un caos cada vez mayor, que exigirá continuamente una gestión más brutal, sin ninguna visión estratégica a largo plazo. Finalmente, Washington ni siquiera intentará ayudar a sus verdaderos aliados, algo que siempre requiere saber cómo hacer concesiones. Los gobiernos falsificados, como el de Karzai en Afganistán, gestionarán mejor los asuntos mientras la fuerza militar respalde la creencia en la «invencibilidad» de los Estados Unidos. Hitler no pensaba diferente.

Examinar las conexiones entre el programa criminal de los Estados Unidos y la realidad del capitalismo dominante que conforman los países de la Tríada (los Estados Unidos, Europa y Japón) nos permitirá entender sus puntos fuertes y débiles.

La opinión general, tal y como la difunden unos medios de comunicación no reflexivos, es que el poder militar de los Estados Unidos sólo es la punta del iceberg, y que representa la extensión de la superioridad norteamericana en todos los ámbitos: económica, pero también política y cultural. Por lo tanto, según esa opinión, la sumisión a la hegemonía que pretende Estados Unidos es inevitable.

Sin embargo, el examen de la realidad económica socava dicha opinión. El sistema de producción de los Estados Unidos está lejos de ser el más eficaz del mundo. Por el contrario, casi ninguno de sus sectores puede tener la certeza de que derrotaría a sus competidores en el mercado realmente libre con el que sueñan los economistas liberales. El déficit comercial de los Estados Unidos, que se incrementa año tras año, pasó de 100 mil millones de dólares en 1989 a 450 mil millones en el año 2000. Además, el déficit incluía casi todas las áreas de producción —incluso el superávit de que gozaban los Estados Unidos en el área de los productos de alta tecnología, que era de 35 mil millones en 1990, se ha convertido actualmente en déficit.

La competencia entre los cohetes Ariane y los de la NASA, igual que entre Airbus y Boeing, testifica la vulnerabilidad de las actuales ventajas norteamericanas. Los productores estadounidenses deben competir contra los productos de alta tecnología de Europa y de Japón y con los productos manufacturados de China, Corea y otros países industrializados de Asia y

Latinoamérica, así como con los productos agrícolas europeos y del sur de Latinoamérica. Probablemente, los Estados Unidos no podrían salir ganadores sin recurrir a medios extraeconómicos, lo que supone una clara violación de los principios del liberalismo que los Estados Unidos imponen a sus competidores.

De hecho, Estados Unidos sólo goza de una ventaja comparativa en el sector armamentístico, precisamente porque se trata de un sector que opera en gran medida fuera de las reglas del mercado y que se beneficia de la ayuda del Estado. Eso puede que aporte algunos beneficios a la esfera civil, de los que internet es el ejemplo más conocido, pero también provoca serias distorsiones que dañan muchos sectores de producción. La economía norteamericana vive parasitariamente en detrimento de sus socios en el sistema mundial: «los Estados Unidos dependen en un 10% de su consumo industrial de bienes cuyos costes de importación no cubren las exportaciones de sus propios productos» (Emmanuel Todd, *After Empire*).

El crecimiento económico de los años de Clinton, alabado como la consecuencia de un «liberalismo» al que Europa desafortunadamente se resistía, fue en gran medida falso y, en cualquier caso, no era generalizable, ya que dependió de unas transferencias de capital que provocaron el estancamiento de las economías asociadas. En todos los sectores del sistema real de producción, el crecimiento de los Estados Unidos durante ese periodo no fue mejor que el de Europa. El «milagro americano» se alimentó exclusivamente del aumento del gasto producido por las crecientes desigualdades sociales (por ejemplo, en servicios financieros y personales y en legiones de abogados y fuerzas policiales privadas). En ese sentido, el liberalismo de Clinton puso las condiciones para la oleada reaccionaria y la victoria de Bush hijo. Además, tal y como escribe Todd, «inflado por el fraude, el PNB norteamericano empieza a parecerse, en términos de precisión estadística, al de la Unión Soviética.»

El mundo produce y los Estados Unidos, que prácticamente carecen de fondos de reserva, consumen. La ventaja de los Estados Unidos es la del depredador cuyo déficit se cubre con préstamos de los demás, tanto si se obtienen con consentimiento o por la fuerza. Los medios que utiliza Washington para compensar las deficiencias son de varios tipos, e incluyen la violación unilateral de los principios liberales, las exportaciones de armas (60% del mercado mundial) en gran medida impuestas a aliados subalternos como los países del Golfo Pérsico, que nunca usan tales armas, y la búsqueda de mayores beneficios procedentes del petróleo, que presupone un mayor control sobre los productores —la verdadera razón de las guerras de Asia central e Irak.

La parte esencial del déficit norteamericano se cubre con las contribuciones de capital de Europa, de Japón y del Sur —de los países ricos en petróleo y de las clases colaboracionistas de todos los países del Tercer Mundo, incluidos los países más pobres—; a eso hay que añadir las sumas adicionales que aporta la gestión de la deuda impuesta a casi todos los países de la periferia del sistema mundial. Las razones que se esconden tras los continuos movimientos de capital que alimentan el parasitismo de la economía y de la sociedad estadounidenses, y que permiten que dicha superpotencia viva día a día, son complejas. Pero no tienen nada que ver con unas supuestas leyes del mercado que serían tanto racionales como inalterables.

La solidaridad entre los segmentos dominantes del capital transnacional y los miembros de la Tríada es algo real, y explica su adhesión al neoliberalismo globalizado. Los Estados Unidos se ven como los defensores, militarmente si es necesario, de los intereses comunes, aunque Washington apenas si tiene la intención de compartir los beneficios que le aporte su liderazgo. Por el contrario, busca convertir a sus aliados en vasallos, y sólo está dispuesta a hacer pequeñas concesiones a sus aliados de la Tríada. ¿Puede llevar ese conflicto de intereses dentro del capital dominante a la ruptura de la Alianza Atlántica? Es poco probable, pero no imposible.

El verdadero conflicto se sitúa en un terreno diferente: el de la cultura política. En Europa, aún es posible una alternativa de izquierdas que fuerce una ruptura con el neoliberalismo. Sin embargo, eso requeriría el abandono de la vana esperanza de que los Estados Unidos se sometieran a la misma disciplina neoliberal a la que someten a otros y compitan con el capital europeo en un campo de juego equilibrado y que permita que Europa tenga una política exterior independiente. El excedente de capital que, hasta ahora, Europa ha colocado felizmente en los Estados Unidos podría utilizarse entonces para lanzar una renovación económica y social de Europa que sería imposible sin dicho excedente de capital. Sin embargo, si Europa concediera así prioridad a su propio crecimiento económico y social, la riqueza artificial de la economía estadounidense se hundiría y la clase dominante norteamericana se enfrentaría a sus propios problemas sociales. Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que Europa estará a la izquierda o no estará en absoluto.

No obstante, para llegar allí debemos despojarnos de la ilusión de que todos deberíamos, o podríamos, jugar honradamente al juego liberal. Los Estados Unidos no pueden abandonar la práctica asimétrica del liberalismo, ya que es su única forma de compensar sus deficiencias. La prosperidad de los Estados Unidos tiene como precio el estancamiento de otros.

Así pues, ¿por qué continúan unos flujos de capital que benefician a los Estados Unidos? Probablemente porque para muchos los Estados Unidos es

un país para los ricos, y el refugio más seguro para muchos de ellos —eso es así en el caso de las inversiones que realiza la burguesía colaboracionista del Tercer Mundo—. Pero ¿qué es lo que explica las actitudes europeas? El «virus liberal», junto con una ingenua creencia en que los Estados Unidos acabarán aceptando las reglas del mercado, tiene un cierto poder sobre la opinión pública. El principio de la libre circulación de capitales, algo que el FMI ha convertido en sagrado, permite a los Estados Unidos cubrir su déficit con el bombeo de excedentes financieros generados en otros lugares como resultado de las políticas neoliberales, a la vez que ellos sólo de forma muy excepcional se someten a la disciplina neoliberal. Sin embargo, para el capital dominante, las ventajas del sistema compensan sus inconvenientes y ese es el precio que hay que pagar a Washington para asegurar la permanencia del sistema.

A los países descritos como «países pobres endeudados» se los obliga a pagar, pero hay un país poderoso endeudado que nunca pagará sus deudas. El programa militarista que ha escogido el *establishment* estadounidense debería contemplarse, desde esa perspectiva, como nada más que la admisión de que los Estados Unidos no disponen de otro medio para imponer su hegemonía económica.

Las causas del debilitamiento del sistema productivo estadounidense son complejas. Ciertamente, no son coyunturales, y no pueden corregirse con la adopción de una tasa de intercambio correcta, por ejemplo, o recurriendo a un equilibrio más favorable entre los salarios y la productividad. Por el contrario, las causas son estructurales. La pobre calidad de la educación general y de la formación en los Estados Unidos, consecuencia de un prejuicio fuertemente arraigado a favor de lo privado y en detrimento del sector público, es una de las principales razones de la profunda crisis que sufre actualmente la sociedad estadounidense.

Por lo tanto, debería sorprendernos que los europeos, en lugar de extraer las lógicas consecuencias al observar las deficiencias de los Estados Unidos, estén imitándolos activamente. Tampoco en este caso el virus liberal lo explica todo, aunque sí que desempeña un papel útil al dejar a la izquierda paralizada. La privatización generalizada y el desmantelamiento de los servicios públicos sólo reducirá las ventajas comparativas de las que aún goza la «vieja Europa». Sin embargo, independientemente del daño que causen dichas medidas a largo plazo, éstas ofrecen la oportunidad al capital dominante, que vive del corto plazo, de obtener ganancias adicionales.

El programa militarista adoptado por los Estados Unidos amenaza ahora a todos los pueblos. Es la expresión de la lógica adoptada por Adolf Hitler: cambiar las relaciones sociales y económicas por la fuerza militar a favor de

la raza dominante del momento. Dicho programa, que ahora ha pasado a un prominente primer plano, sobredetermina toda circunstancia política, ya que el hecho de perseguir un programa como ese debilita los avances que se puedan obtener por medio de la lucha social y democrática. Así pues, detener el programa militarista de los Estados Unidos se convierte en uno de los principales objetivos y responsabilidades de todos.

El triunfo en esa lucha dependerá de la capacidad de las gentes de todo el mundo para librarse de las ilusiones liberales, ya que nunca existirá una economía globalizada auténticamente liberal. Eso es así a pesar de todos los medios que se utilizan para hacernos creer lo contrario: el discurso del Banco Mundial funciona algo así como de ministerio de propaganda de la democracia explotadora de Washington, de su buen gobierno y su reducción de la pobreza, sin que tenga ninguna otra función. Joseph Stiglitz, quien se convirtió en objeto de una considerable atención mediática por su redescubrimiento de algunas verdades elementales y por el aire de superioridad con que las afirmaba, ha sido incapaz, sin embargo, de extraer las conclusiones más simples que ponen en cuestión los prejuicios de la teoría económica vulgar.

La reconstrucción de un Frente del Sur, capaz de otorgar a los pueblos de Asia, África y Latinoamérica, solidariamente unidos en los tres continentes, la capacidad de hacer escuchar su voz, requerirá que nos liberemos de la ilusión de que un sistema liberal globalizado sin asimetrías ayudaría a los pueblos del Tercer Mundo. ¿Acaso no resulta ridículo observar cómo los países del Sur insisten en «poner en práctica los principios liberales sin discriminación,» con lo que se ganan el aplauso del Banco Mundial? ¿Cuándo se ha preocupado el Banco Mundial de defender al Tercer Mundo frente a los Estados Unidos?

La lucha contra el imperialismo estadounidense y el programa militarista de ese país es una lucha común a todos los pueblos, desde sus grandes víctimas en Asia, África y Latinoamérica hasta los pueblos de Europa y Japón, condenados a ocupar una posición subordinada, y el propio pueblo norteamericano, también. Deberíamos dar la bienvenida al valor de todos aquellos que, en el corazón de la bestia, se han negado a someterse, al igual que sus predecesores rechazaron someterse al macartismo de la década de 1950. Igual que los que se atrevieron a resistir a Hitler se han ganado los elogios que la historia pueda dedicarles.

¿Será capaz la clase dominante de los Estados Unidos de desarrollar el programa criminal en torno al cual se ha unido? No es una pregunta fácil de contestar: poco, o nada, hay en la historia de la sociedad estadounidense que la prepare para ello. El partido único del capital, cuyo poder en los



Estados Unidos es indisputable, no ha abandonado hasta el momento la aventura militar y, por lo tanto, no puede restarse importancia a la responsabilidad de dicha clase en su conjunto. El poder de Bush hijo no es el de una camarilla de productores de armas y de petróleo. Como siempre ha ocurrido en la historia moderna de los Estados Unidos, el poder dominante ha sido el de una coalición de los intereses sectoriales del capital, falsamente descritos como «lobbies».

No obstante, dicha coalición sólo puede gobernar si otros segmentos del capital lo aceptan. Está claro que los reveses políticos, diplomáticos e incluso militares podrían animar a la minoría del *establishment* estadounidense que está dispuesta a renunciar a las aventuras militares en las que el país está enfrascado. Esperar más que eso me parece a mí que es tan inocente como haber esperado, en el momento de apogeo del régimen nazi, que prosperaran los intentos de asesinato de Adolf Hitler.

Si los europeos hubieran reaccionado en 1935 o 1937, podrían haber detenido el régimen de Hitler. El hecho de que no reaccionaran hasta septiembre de 1939 costó la vida a decenas de millones de personas. Actuemos juntos con la esperanza de que se produzca pronto una respuesta a los actuales neonazis de Washington.